

- Si vais á París.....
 — Ésta dicho. ¡Adios!
 — ¡ Adios !

Y nos separamos para no volvernos á ver probablemente mas que en el valle de Josaphat.

— ¿Y bien? dije yo á Francesco, ¿ qué piensas de esto, muchacho ?

— A fe mia, señor, me respondió, pienso que teneis costumbres muy singulares; dejais los caminos buenos para tomar los malos, dormís de dia para caminar de noche, y pescáis con una carabina.

LAS GALLINAS DE M. CHATEAUBRIAND.

Saliendo de la posada del Aguila, y tomando el camino que se extiende á la izquierda del lago de Zug, nos encontramos sobre un terreno que pertenece exclusivamente á la historia. El camino que seguíamos fué seguido por Guessler y va á parar á su sepulcro. No nos detuvimos en Immensee, á donde llegamos á las siete de la mañana, sino el tiempo preciso para hacer un alto, y tomamos inmediatamente el camino de Kussnach, cuyo nombre, amorosamente poético beso de la tarde, está tan poco en armonía con el recuerdo de muerte que trae á la memoria. A cosa de un cuarto de legua de Immensee, nos metimos en el camino abierto en el barranco á cuyo extremo velaba Guillermo Tell: su ancho es lo apuradamente suficiente para que pueda pasar un carruaje, y se halla encajonado por ambos lados por unas rocas de doce piés de altura, sobre las que se elevan árboles cuyas ramas uniéndose y entrelazándose forman un arco sobre la cabeza del viajero. A su extremo se levanta

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

una capilla construida en el mismo sitio en que espiró Guesler. Enfrente de la capilla un sendero lateral se separa del camino. Sube á unos veinte pasos casi, y se detiene al pié de un árbol. A dar crédito á la tradicion, detrás de este árbol, cuyo tronco cubierto de musgo se descubre á la izquierda yendo de Immensea, fué donde se ocultó Tell, y contra él apoyó su ballesta para asegurarse mas del tiro.

Admitiendo esta distancia entre el tirador y el blanco, Guillermo habia disparado á veinte y siete pasos.

La capilla no contiene nada de particular que la distinga de las otras. Está adornada de las efigies de san Nicolás de Bari y de san Carlos Borromeo, y lo mismo que en las demás, me presentaron en esta un libro en que los peregrinos ponen sus nombres: en la penúltima página hallé el de Mr. Chateaubriand.

Desde Martigny habia yo visto aparecer de tiempo en tiempo en los libros de las posadas este grande y hermoso nombre confundido entre los apellidos oscuros de los viajeros. En Andermat habia dibujado un viajero encima de este nombre una lira coronada de laureles. El posadero me lo habia enseñado como un nombre de principe, y yo le habia desengañado diciéndole que era un nombre de rey. Farfullé allí mi firma muy lejos y muy debajo de la suya, cual debia hacerlo un cortesano respetuoso, y me puse otra vez en camino.

Saliendo del bosquecillo en que está situada la capilla de Tell, descubrimos á mano izquierda las ruinas de la fortaleza á donde se dirigia Guesler cuando fué muerto. Tomamos el sendero que con-

duce allí, y en menos de diez minutos llegamos á aquel castillo destruido por Stauffacher en el mes de enero del año 1308, y que no ofrece nada notable mas que el recuerdo que suscita. El sendero que conduce á él atraviesa enteramente, entra por un lado y sale por otro, y lleva en derechura á Kussnach. Nos embarcamos allí para Lucerna.

El lago de los Cuatro cantones pasa generalmente por el lago mas hermoso de toda la Suiza, y en efecto, lo caprichoso de su forma da á sus diferentes perspectivas mucho de imprevisto. Sin embargo, hasta entonces yo le habia preferido al lago de Brienz con su cinturon de neveras; pero al llegar enfrente de Lucerna me vi en la necesidad de confesar que en ninguna parte se habia todavía presentado á mis ojos una vista tan completa en su conjunto y sus detalles.

En efecto, enfrente de mí, en el fondo de su pequeño golfo, se elevaba Lucerna rodeada de fortificaciones que datan del siglo xvi, y que dan un aspecto extraño á esta ciudad, en un país en que las verdaderas murallas están construidas por la mano de Dios, y tienen catorce mil piés de altura; á su derecha y á su izquierda, como dos centinelas, como dos gigantes, como el genio del bien y del mal, se elevan el Righi, rey de las montañas (1), revestido de su manto de verdura bordado de aldeas y cabañas, y el Pilato (2), esqueleto huesoso y descarnado coronado de nubes, donde duermen las tempestades. Jamás ha abarcado un golpe de vista un contraste tan completo como el que ofrecen es-

(1) Regina montium.

(2) Mons Pileatus

tos dos montes. El uno cubierto de vegetacion desde su base hasta su cumbre, abriga ciento cincuenta cabañas, y alimenta tres mil vacas; el otro, cual un mendigo, vestido apenas con algunos retozos de verdura sombría que dejan entrever sus costados desnudos y destrozados, no está habitado sino por las tempestades y las águilas, las nubes y los buitres; el primero no tiene mas que tradiciones risueñas, el segundo no recuerda mas que leyendas infernales, así es que el camino que costea su base es el que Walter Scott ha escogido para teatro de la terrible escena con que principia su novela de Carlos el Temerario.

El viento que soplaba de Brünnen y que hinchaba nuestra pequeña vela, nos hacia deslizar tan dulcemente por medio de aquel paisaje delicioso, que yo, recostado en la proa, no sentia el movimiento, y estaba dispuesto á creer que la ciudad era la que venia hácia nosotros, durando esta ilusion hasta los últimos momentos en que, creciendo, parecia salir del agua. Doblamos una torre que, sirviendo en otro tiempo de faro (Lucerna), dió su nombre á la ciudad, y abordamos al muelle. Una posada que encontramos en nuestro camino era la del Caballo Blanco, allí nos deluvimos.

La primera noticia que supe, y en efecto, era la mas importante, era que Mr. de Chateaubriand habitaba en Lucerna. Recuérdese que nuestro gran poeta, el que consagró su pluma á la dinastía caída, se desterró voluntariamente despues de la revolucion de julio, y no volvió á Paris hasta que fué llamado por el arresto de la duquesa de Berry. Paraba en la fonda del Aguila.

Me vestí inmediatamente con intencion de ir á

hacerle una visita; yo no le conocia personalmente. En Paris no me hubiese atrevido á presentarme á él; pero fuera de Francia, en Lucerna, y en el estado de aislamiento en que se hallaba, pensé que le causaria algun placer el ver á un compatriota. Fui, pues, decidido á la fonda del Aguila, pregunté á un mozo por Mr. de Chateaubriand, y me respondió acababa de salir para dar de comer á sus gallinas; se lo hice repetir creyendo haber oido mal, pero por segunda vez me dió la misma contestacion. Déjeme mi nombre, reclamando al mismo tiempo el favor de ser recibido al dia siguiente, pues comenzaba á hacerse ya tarde, y las correrias que habia hecho desde Brigy, junto con lo poco que habia dormido en las tres ó cuatro últimas jornadas, me hacian sentir que no tendria demasiado con lo restante de dia y de noche para reponerme enteramente: en cuanto á Francesco, toda ciudad era Capua para él.

Al dia siguiente recibí una carta de Mr. de Chateaubriand, remitida desde la vispera, pero que no me la habian dado por miedo de despertarme; era una invitacion para ir á almorzar á las diez: eran ya las nueve, y no habia tiempo que perder; salté de la cama y me vestí.

Hacia mucho tiempo que deseaba yo ver á Mr. de Chateaubriand; mi admiracion hácia él era como la religion de un niño; era el hombre cuyo genio habia sido el primero en separarse del camino trillado para abrir á nuestra jóven literatura la senda que despues ha seguido: él solo habia suscitado contra sí mas odios que todo el cenáculo entero: era la roca, azotada durante cincuenta años por las olas de la envidia, removidas aun contra noso-

tros; era la lima en que se habian desgastado los dientes cuyos restos habian procurado mordernos.

Así, cuando puse el pié en el primer tramo de la escalera, estuvo á punto de faltarme el aliento.

Enteramente desconocido parecíame que no hubiera pesado tanto sobre mí aquella inmensa superioridad, pues dejaba de existir el punto de comparación para medir nuestras dos alturas, y no tenía el recurso de decir como Strombole al monte Rosa:

« Yo no soy mas que una colina, pero encierro un volcan. »

Al llegar á la puerta me detuve: el corazón me palpitaba con violencia, y habria vacilado menos, creo, en llamar á la puerta de un conclave. Tal vez en aquel momento Mr. de Chateaubriand creía que yo le hacia aguardar por impolítica, mientras no me atrevia á entrar por veneracion. En fin, oí que subia el mozo, no podia permanecer mas tiempo á la puerta, llamé y salió á abrirme el mismo Mr. Chateaubriand.

Ciertamente debió formar una opinion muy singular de mis modales, si no atribuyó mi cordedad á su verdadera causa; pues yo tartamudeaba como un señorito de provincia, sin saber si debia pasar delante ó detrás de él, y creo que, como Mr. Parceval ante Napoleon, si me hubiese preguntado mi nombre, no hubiera acertado á responderle. El seguramente se hizo cargo de mi agitacion, y procuró tranquilizarme alargándome la mano.

Mientras el almuerzo, hablamos de la Francia: tocó sucesivamente las cuestiones políticas que se agitaban en aquella época desde la tribuna hasta el club; y todo con esa brillantez del hombre de ge-

nio que profundiza las cosas y los hombres, que estima en su verdadero valor las convicciones y los intereses, y que no se hace ilusion sobre nada. Me convencí completamente de que Mr. de Chateaubriand juzgaba desde entonces como perdido el partido á que pertenecía, que cifraba toda su esperanza en el republicanismo social, y continuaba adicto á su causa mas porque se hallaba desgraciada que porque juzgase que era la mejor. Esto es propio de todas las almas grandes; necesitan consagrarse á alguna cosa; cuando no es á las mujeres, es á los reyes, cuando no á los reyes, es á Dios.

No pude menos de llamar la atencion de Mr. de Chateaubriand, sobre que sus teorías realistas por la forma, eran republicanas en el fondo.

— ¿Os asombráis de eso? me dijo sonriéndose.— Confeséle que sí.

— Yo lo creo, pero me asombra á mí mas aun, continuó; pues le rodado sin querer como un peñasco que arrebató el torrente, y ahora me encuentro mas próximo á vos que á mí!.... ¿Habeis visto el leon de Lucerna?

— Todavía no.

— Iremos á visitarle, es el principal monumento de la ciudad: ¿ya sabeis el motivo porque se erigió?

— En triste conmemoracion del 10 de agosto.

— Sí.

— ¿Y qué tal cosa es? ¿merece la pena de verlo?

— Es muy bueno, es un hermoso recuerdo.

— Es un dolor que la sangre vertida en defensa de la monarquía fuese comprada á una república,

y que la muerte de la guardia suiza no fuese mas que el pago exacto de una letra de cambio.

-- Nada tiene de extraño eso en una época en que tantas personas dejaban protestar sus pagarés.

Ya se ve que aquí diferíamos en ideas, y tal es la desgracia de las opiniones, resultado de principios opuestos; siempre que la necesidad los aproxima, se entienden sobre las teorías, pero se separan en la práctica, y en el terreno de los hechos.

Llegamos en frente del monumento situado á corta distancia de la ciudad en el jardín del general Ptüfler. Es un peñasco cortado á pico, cuya base está bañada por un estanque redondo: en aquel se ha cavado una gruta de cuarenta y cuatro piés de longitud sobre cuarenta y ocho de elevación, y en ella un jóven escultor de Constanza, llamado Ahorn, ha construido sobre un modelo de yeso de Thorwalden, un leon colosal herido de una lanza, cuya astilla se ha quedado en la herida, y que espira cubriendo su cuerpo con el escudo de las flores de lis que ya no puede defender. Encima de la gruta se leen estas palabras:

HELVETIORUM FIDEI AC VIRTUTI;

y debajo de ella los nombres de los oficiales y soldados que perecieron el 10 de agosto; los primeros en número de veinte y seis, y los segundos de setecientos sesenta. Este monumento tenia mayor interés por la nueva revolucion que acababa de verificarse, y por la nueva fidelidad que habian desplegado los Suizos. Sin embargo, ¿cosa rara! el inválido que cuida del leon nos habló mucho del 10 de agosto; pero no nos dijo ni una palabra del 29 de

julio: habiase olvidado ya la mas reciente de las dos catástrofes, y la cosa era sencilla: en 1830 no habia arrojado mas que al rey, y en 1790 habia arrojado el trono.

Ensené á Mr. de Chateaubriand los nombres de aquellos que habian hecho tanto honor á su fama, y preguntéle cuáles serian si se elevara en Francia un monumento semejante, los nombres de los nobles que se podrian inscribir en la losa funeraria de la monarquía para formar juego con aquellos nombres populares.

— Ni uno, me respondió.

— ¿Comprendeis eso?

— Perfectamente, los muertos no se hacen matar.

La historia de la revolucion de julio estaba toda entera en estas palabras: la nobleza es el verdadero escudo de la monarquía; mientras que este se ha llevado en el brazo ha rechazado la guerra extranjera y sofocado á la civil, pero desde el dia en que su cólera lo ha roto imprudentemente, se ha hallado sin defensa. Luis XI habia dado muerte á los grandes vasallos, Luis XIII á los grandes señores, y Luis XVI á los aristócratas, de suerte que cuando Carlos X llamó en su auxilio á los de Armagnacs, Montmorencys y Lauzuns, su voz no evocó mas que sombras y fantasmas.

— Ahora, me dijo Mr. de Chateaubriand, si habeis visto todo lo que queriais ver, vamos á dar de comer á mis gallinetas.

— Ahora me recordais una cosa, es que cuando me he presentado ayer en vuestra posada, me dijo un mozo que habiais salido para dedicaros á esa campestre ocupacion. ¿Vuestro proyecto de retiro llegará hasta el extremo de hacerse labriego?

— ¿Porqué no? un hombre cuya vida hubiese sido agitada como la mia por el capricho, la poesia, las revoluciones y el destierro sobre las cuatro partes del mundo, seria muy feliz, no con poseer una casita en las montañas, pues no me gustan los Alpes, sino con una dhesa en Normandía, ó una alqueria en Bretaña. Creo decididamente que tal es mi vocacion en los dias de mi ancianidad.

— Permitidme que no lo crea. Recordad á Carlos V en Yuste; no sois de esos emperadores que abdican ó de esos reyes á quienes se destrona; sois de esos príncipes que mueren bajo un dosel, que se entierran como Carlo-Magno, con los piés sobre su escudo, la espada al costado, la corona en la cabeza, y el cetro en la mano.

— Estad alerta, hace mucho tiempo que no me han adulado, y seria capaz de caer en el lazo. Vamos á dar de comer á mis gallinetas.

Por mi honor que hubiera querido caer de rodillas delante de aquel hombre que tan grande y tan sencillo encontraba.

Pasamos por el puente de la Corte que conduce á la parte de la ciudad que está separada por un brazo del lago; es el puente cubierto mas largo de la Suiza despues del de Rapperchwyll, tiene mil trescientos ochenta piés y está adornado con doscientos treinta y ocho pasos sacados del Antiguo y del Nuevo Testamento.

Nos paramos á los dos tercios casi de su extension, y á corta distancia de un sitio cubierto de cañaverales. Mr. de Chateaubriand sacó de su bolsillo un pedazo de pan que se habia guardado del almuerzo, y comenzó á hacerlo migas en el lago: al momento salieron de la especie de isla que forma-

ban los cañaverales inmediatamente una docena de gallinas de agua, y vinieron presurosas á disputarse la comida que les preparaba á aquella hora la mano que habia escrito *el Genio del Cristianismo*, *los Mártires* y *el último de los Abencerrajes*. Miré largo tiempo sin decir nada, el singular espectáculo de aquel hombre echado sobre el parapeto del puente, con los labios contraídos por una sonrisa, pero los ojos tristes y graves. Poco á poco su ocupacion se convirtió enteramente en maquinal, su rostro tomó una expresion de profunda melancolia, sus pensamientos pasaron sobre su ancha frente como nubes por el cielo, habia entre ellos recuerdos de patria, de familia, de tiernas amistades, mas sombríos que los otros. Adiviné que aquel era el momento que se habia reservado para pensar en la Francia.

Respeté aquella meditacion todo el tiempo que duró. Al fin hizo un movimiento y exhaló un suspiro. Me aproximé á él, se acordó de que me hallaba allí, y me alargó la mano.

— Pero si os apesadumbra tanto el no estar en París, le dije yo, ¿porqué no volveis á él? ¡Nada os destierra de allí, todo os llama!

— ¿Qué quereis que haga yo allí? me dijo. Hallábame en Cotterets cuando sucedió la revolucion de julio: volví á París, vi un trono en la sangre, y otro en el lodo; abogados componiendo una carta, y un rey dando apretones de manos á los traperos. Era para morir de tristeza, sobre todo cuando está uno lleno de las grandes tradiciones de la monarquia, por eso me fugué.

— Por algunas palabras que se os han escapado

esta mañana, habia yo creído que reconociais la soberanía popular.

— Sí, sin duda, bueno es que de tiempo en tiempo la monarquía se empape en su origen, que es la elección; pero esta vez ha saltado una rama del árbol, un eslabon de la cadena, era necesario elegir á Enrique V, y no á Luis Felipe.

— Deseais una cosa muy triste para ese pobre niño, respondí yo; los reyes del nombre de Enrique son desgraciados en Francia; Enrique I fué envenenado, Enrique II muerto en un torneo, Enrique III y Enrique IV fueron asesinados.

— Pues bien, vale mas en todo esto morir por el puñal que en el destierro: es mas pronto y se padece menos.

— ¿Pero vos, no volvereis á Francia? Veamos

— Si la duquesa de Berry despues de haber hecho la locura de presentarse en la Vendée, hace la tontería de dejarse prender, volveré á París para defenderla ante sus jueces, ya que mis consejos no han podido impedir que fuese allí.

— ¿Y sino?

— Sino, continuó Mr. de Chateaubriand, desmigando otro pedazo de pan, continuaré en dar de comer á mis gallinetas.

Los horas despues de esta conversacion me alejaba de Lucerna en una barca conducida por dos remeros: habia visto todo lo que queria ver de la ciudad, y además llevaba un recuerdo que no contaba hallar allí, el de una entrevista con Mr. de Chateaubriand; habia estado al lado todo un dia del gigante literario de nuestra época, con el hombre cuyo nombre resuena tan alto como el de Goethe y Walter Scott. Hábiale yo medido como aquellas

montañas de los Alpes que se elevaban brillantes con su blancura ante mis ojos, habia subido á su cumbre, habia bajado al fondo de sus abismos, habia dado la vuelta á su base de granito, y le habia encontrado mas grande todavía de cerca que de lejos, en la realidad que en la imaginacion, en la palabra que en las obras. Desde aquel tiempo la impresion que habia recibido no ha hecho mas que acrecentarse, y nunca mas he tratado de volver á ver á Mr. de Chateaubriand por miedo de no encontrarle tal como le habia visto, y que este cambio no causase detrimento al culto que le habia consagrado. En cuanto á él, es probable que ha olvidado no solo los detalles de mi visita, sino aun la visita misma, y esto es muy sencillo: yo era el peregrino y él era el dios.

EL RIGHI.

A las cuatro llegamos á Wegghis, sitio elegido por mis barqueros, despues de una madura deliberacion para comenar mi ascension á la montaña mas famosa de la Suiza, por el magnífico panorama que se descubre desde su cima.

Hallábase ya muy adelantado el dia, y así no nos paramos en la posada mas que el tiempo preciso para buscar un guia. Desgraciadamente habiamos llegado tarde. Como prometia hacer un tiempo magnífico al dia siguiente, habia habido abundancia de viajeros, lo que habia producido escasez de guias, tanto que el último habia salido hacia una hora con un inglés. Aconsejónos el posadero que fuéramos á alcanzar al *gentleman* prometiéndonos que si éramos buenos andarines lo conseguiríamos á la mitad del camino de la subida, lo que nos permitiria aprovecharnos para la última parte de la montaña, que es la mas dificultosa, de la compañía de su cicero.

Nos aprovechamos del consejo, y nos pusimos en

camino inmediatamente. El camino que sale de la posada, estaba visiblemente trazado para que temiéramos perdernos. A doscientos pasos de la casa se internaba en un hermoso bosque de nogales y de encinas, que nos acompañaron así por espacio de una media legua, despues entramos en un terreno árido y de color de orin, devastado así por la erupcion de 1795.

Esta singular erupcion, cuya causa se ha tratado por mucho tiempo de averiguar, y cuya solución se ha encontrado en nuestros dias, amenazó un instante á los habitantes de Wegghis con la misma calamidad que á los de Herculano, con la diferencia de que, en lugar de ser tragados por las lavas estuvieron á pique de serlo por el lodo. El 16 de julio de 1795 al amanecer, los habitantes de Wegghis, que toda la noche habian estado de pié alarmados por ruidos cuya causa ignoraban, vieron abrirse grietas trasversales á un tercio de la altura de la montaña, en el punto en que las capas de piedra del Rossberg, desconchadas por el valle de Goldan, van á apoyarse en las capas calcáreas del Righi. De estas grietas brotó una corriente de fango de color ferruginoso, que se extendió cual una ancha sábana de un cuarto de legua de anchura y de diez á veinte piés de alto, siguiendo las desigualdades del terreno, y adelantándose con bastante lentitud para dar tiempo á los habitantes de salvar lo que tenian de mas precioso. Este lodo enteramente parecido á la lava, excepto que su fusion no era producida por el calor, se amontonaba sobre los objetos que le oponian un obstáculo y saltaba por encima de ellos, cuando no los arrastraba por delante. La erupcion duró así siete dias, y por todas partes donde pasó,

la fresca verdura del Righi desapareció bajo un tinte ferruginoso que visto desde el lago, forma aun una costra inmensa á los lados de la montaña. Además, la industria de los habitantes ha reconquistado ya á la vegetacion una parte de este desierto, y concluirá por recuperarlo enteramente; entonces, cual los pescadores de Torre del Greco y de Resina, dormirán de nuevo acostados en la base de un volcan tan peligroso como el de Nápoles, porque el fenómeno del que estuvieron á punto de haber sido victimas á fines del siglo pasado, lo causa la filtracion de las aguas que penetran desde la cumbre del Righi en el interior de la montaña, encuentran una capa de tierra situada entre dos capas de roca, y le quitan su consistencia, de modo que, cediendo á la presion de la mas superior, esta tierra des'eida pasa al estado de lodo. Estos síntomas son tanto mas alarmantes cuanto que son los que anunciaron la caída del Rossberg, y que aquella vez no seria ya una capa de la montaña la que se precipitaria en el valle, sino que la montaña entera resbalaria sobre su base, cual un bloque sobre el declive en que se le ha construido en el astillero, y que cegando el lago de Lucerna, inundaria todas las comarcas de al rededor.

Acabábamos de pasar aquella llanura desolada y nos acercábamos á la pequeña ermita de Santa Cruz, que forma la mitad del camino, cuando vimos venir hácia nosotros muy veloz y dando zancadas tan exactamente como pudiera hacerlo un compás que anduviese á un jóven que fácilmente conocimos ser nuestro inglés. Le seguia su guia, haciéndole medio en aleman, medio en francés, todas las observaciones que creia propias para ha-

cerle desandar el camino para continuar su ascension interrumpida; pero él, sordo é impasible, continuaba bajando aumentando la rapidez á medida que bajaba, de modo que era de temer que antes de quinientos pasos echase á correr. Al primer golpe vimos que el temor de perder su jornal inspiraba al guia sus oficiosas y apremiantes instancias, de modo que le pregunté si queria abandonar la fortuna del inglés y agregarse á la nuestra. La proposicion fué aceptada en el instante mismo. Paróse y dejó á su viajero acabar su camino. Este, sin inquietarse por el abandono de su guia, continuó bajando la montaña en la misma progresion, lo que nos dió esperanzas de que al paso que iba, se hallaria en Wegghis antes de media hora.

Preguntamos al guia si sabia qué género de asunto llamaba con tanta urgencia á su judío errante hácia el lago; pero nos dijo que por fuerza debia padecer de aquella enfermedad porque le habia acometido súbitamente, habiéndole costado mucho trabajo el decidirle á que subiera al Righi, y para decidirle habia tenido necesidad de prometerle que allí probablemente se encontraria solo. Entonces, y bajo esta promesa habia tomado su partido y puesto en marcha, preguntando de quinientos en quinientos pasos si habia llegado: al responderle que no, volvió á ponerse en camino con una resignacion de cuáker, al oir la respuesta negativa; en fin, á la mitad del camino habia creido que una porcion de gentes le precedia. Esta noticia al parecer le causó estupor, quedóse un instante inmóvil y encendido, despues, de repente, dando media vuelta se habia puesto en camino para Wegghis. En vano el guia le habia dicho que ya

que estaba á la mitad del camino le era mas corto el continuar subiendo. El inglés habia pensado sin duda entre sí, que al dia siguiente tendria que bajar, y esta enfadosa conviccion le habia inspirado la resolucion desesperada de que sin nosotros hubiera sido victima su guia.

El episodio mas curioso de la subida del Righi es un camino formado por cuatro trozos de roca, que es imposible adivinar cómo se han colocado derechos los unos sobre los otros, de modo que forman un arco.

Es evidente que la mano de los hombres no ha entrado por nada en este caprichoso incidente de la naturaleza. Mi guia, segun la costumbre de los aldeanos suizos, no dejó de atribuirlo al eterno enemigo del género humano; pero por mas que le pregunté, no sabian con qué objeto habia tenido el diablo aquel capricho.

Desde aquel momento caminamos por llano, viendo bajarse las montañas vecinas y desplegar el panorama á medida que nos elevábamos: sin embargo, la noche comenzaba á amontonarse en las profundidades, mientras todos los picos se hallaban todavía iluminados con una viva luz; por lo demás el sol parecia bajar visiblemente, y la sombra subía como una marea. Muy pronto no hubo ya mas que las cimas de las montañas que parecian formar islas en aquel mar de tinieblas; despues se sumergieron á su vez las unas tras de las otras. Muy pronto nos alcanzó á nosotros tambien el diluvio. Durante algun tiempo vimos todavía resplandecer la cabeza del Pilato, mil cuatrocientos ó mil quinientos piés mas elevado que el Righi.

Por fin, el resplandor de aquel último farol.

apagó, y cuando llegábamos al Staffel los Alpes enteros estaban sumergidos en la oscuridad. Habiamos gastado dos horas y cuarto en hacer la subida.

Al poner el pié en la posada, creimos entrar en la torre de Babel, veinte y siete viajeros de once naciones diferentes nos habiamos reunido para ver desde el Righi la salida del sol; entretanto estaban muertos de hambre ó poco ménos; el posadero no esperaba tanta gente, no habia hecho provision de viveres bastante. Así la sociedad me hizo una recepcion fria, pues era una boca mas que venia á caer en medio de una guarnicion hambrienta. Cada cual votaba y juraba en su lengua, lo que hacia el mas abominable concierto que jamás habia oido.

Desde que supe de lo que se trataba, calculé que seria valiente y magnánimo en mí el vengarme de la acogida que me habia hecho la sociedad dándole una prueba de filantropía; en su consecuencia saqué de mi morral de caza un soberbio ánade que yo habia matado al doblar la punta de Niederdos antes de llegar á Wegghis; no era una gran cosa, pero en fin, en tiempo de escasez, todo es precioso. Pensé entonces que el inglés habia tenido alguna revelacion del hambre que reinaba en las altas regiones, y que por eso habia dado tan precipitadamente la vuelta al valle.

En aquel momento oimos á unos cincuenta pasos de la posada el sonido de una trompa de los Alpes, era una galanteria de nuestro huésped, que á falta de otra cosa, nos obsequiaba con una serenata.

Salimos para escuchar aquel famoso *Van de las Vacas*, que cuentan da al suizo el mal de la patria: para nosotros extranjeros, no era mas que una especie de melodia bastante monótona, que á mí en

particular me sugirió una idea enteramente formidable, la de que si habia algun viajero perdido en la montaña, los sonidos de la trompa le indicarian su camino. Comunicué esta reflexion al que tenia mas inmediato á mí; era un inglés grueso que en tiempo ordinario debia tener aire bastante jovial, pero que en las circunstancias en que nos hallábamos, presentaba todas las apariencias de una profunda melancolía. Reflexionó un instante, despues le pareció que mis temores eran fundados, porque se separó de la sociedad; fué á arrancar la trompa de las manos del pastor que la tocaba, y se la bajó al posadero diciéndole :

— Amigo, guardad este instrumento para que vuestro mozo no alborote mas con él.

— Pero, milord, esto es costumbre, la música es grata á los viajeros.

— En los tiempos de abundancia, será posible, pero nunca en tiempos de escasez; — y volviéndose á mí añadió: Estad tranquilo, ya le he hecho guardar su trompa de caza.

— A fe mia, milord, que creo que ya es tarde, pues si no me engaño descubro allá á lo lejos una especie de sombra que me parece otro recién llegado.

— ¡Oh! exclamó el inglés. ¿Creeis eso?

— ¡Toma! miradlo.

En efecto, á los primeros rayos de la luna vimos adelantarse á un jóven bastante desembarazado que se dirigia de propósito hácia nosotros, haciendo dar vueltas sobre su dedo índice á su palo de camino. A medida que adelantaba, iba yo descubriendo en él el verdadero tipo de comisionista viajero parisiense. Tenia un sombrero gris puesto bastante so-

bre las orejas, patillas y barba, corbata á la colin, gaban de terciopelo, y un pantalon á lo cosaco; esto, como se ve, es el traje de rigor. Al llegar á nosotros, acaso para probar su ciencia adquirida en el servicio de la milicia nacional, y su vocacion natural por los primeros papeles de la ópera cómica, se detuvo á diez pasos de nosotros, tomó su palo á guisa de fusil, y comenzó á mandar y obedecer al mismo tiempo.

— ¡Al hombró! ¡presenten! *salutem omnibus*. Buenos dias á todo el mundo; ¿y qué hay de nuevo?

— Lo que hay, mi querido compatriota, contesté yo, es que si llegais con el secreto de la multiplicacion de los panes y de los peces, habreis hecho bien en quedaros en Wegghis.

— ¡Bah, bah! cuando hay para tres hay para cuatro.

— Si, pero cuando hay para cuatro, no hay para veinte y ocho.

— Tanto peor, á fe mia; en la guerra como en la guerra; una vez en Lucerna no he querido irme sin ver el Righi; únicamente como no habia guia en el pueblo, he venido enteramente solo. Ya me conocen los montes, como que soy de Montmartre: sin embargo, como es de noche, creo que me habria perdido á no oir el sonido de la trompeta vuestra. — ¿Sois vos, buen señor, el que soplá-bais en la máquina? continuó dirigiéndose al inglés.

— No, señor, no, no ser yo.

— Perdonad, milord, es que teneis traza de tener excelente respiracion.

— Es posible, pero no soy aficionado á la música.

— Haced mal, porque la música dulcifica las costumbres. — ¡Hola! ¡ah de casa! ¿qué tenemos para cenar? ¡hola! ¡hola! y se entró en la posada.

— ¡Qué alegre es ese amigo vuestro! me dijo un alemán que no había hablado todavía.

— Perdonad, pero este joven no solo no es mi amigo, sino que ni aun le conozco: es un compatriota y nada más.

— Decid, ¿qué manera es esta de ayudarme á buscar? interrumpió el recién llegado saliendo á la puerta con la boca llena mordiendo una tostada con manteca.

— No reparéis en esto, milord, añadió volviéndose al inglés, lo que yo como no perjudica á nadie, es una tostada que he hallado en la alacena, y que el ladrón del posadero reservaba para su cara mitad; felizmente que yo he ido á dar un vistazo por la cocina.

— ¡Y bien! ¿qué noticias traéis? le dije.

— Tenemos lo preciso para no morir de hambre (el inglés dió un suspiro).

— Parece que milord tiene buen apetito.

— ¡Un hambre del diablo!

— Entonces, dijo el comisionista viajero, pido á la sociedad el permiso de hacer partes para que haya comida para todos; yo en estas circunstancias sé repartir un huevo pasado por agua entre cuatro.

— Estos señores y señoras ya tienen la comida lista, gritó el posadero.

El posadero había echado el pecho al agua. La sopa no había llegado á adquirir proporcion con los convidados para que hubiese para todos, y la carne

se perdía en un bosque de perejil: sin embargo, el comisionista, que en calidad de trinchador se había sentado en medio de la mesa, supo dividir con tanta habilidad, que todos tuvimos bastante para ver que no valían un bledo la sopa y la carne.

Luego nos presentaron el asado con cuatro platos. El primero se componía de huevos en tortilla, el segundo de huevos duros, el tercero de huevos estrellados, y el cuarto de huevos revueltos. El asado consistía en veinte pajaritos y mi ánade. Este fué dividido en ocho pedazos por el comisionista, que equivalían á otros ocho pajaritos, y pasando el plato al inglés nos dijo: Señores y señoras, cada uno que tome un pajarito ó un pedazo de ánade, á su elección; el pan á discreción. El inglés tomó dos pajaritos.

— Decid, señor milord, dijo el comisionista, si todo el mundo hace como vos, no habrá más que para la mitad de la mesa. El inglés hizo como que no comprendía. — ¡Bravo! ¿con que no entiendes el francés? dijo el comisionista haciendo una bolita de miga de pan del tamaño de una avellana, y colocándola entre el pulgar y el índice, como los chicos que juegan á las bolas. — Aguarda, voy á hablarte en tu lengua. — ¡Goddem! sois un buitre; — y disparó la bolita de pan, que fué á pegar derecha en las narices del milord.

El inglés alargó la mano, cogió una botella, como para servirse de beber, se la tiró á la cabeza al comisionista, que aguardándose ya aquella respuesta, la cogió al aire como hace un escamoteador con una naranja.

— Gracias, milord, le dijo: en este instante tengo más hambre que sed, y más hubiera querido

que me hubiéseis enviado vuestro pajarito que vuestra botella: sin embargo, no quiero negarme al brindis que me ofreceis. — Y vertió algunas gotas de vino en su vaso ya lleno.

— Brindo por el placer de encontraros en otro paraje donde no seamos más que cuatro en vez de veinte y ocho, y donde en lugar de botellas de vino, podamos enviarnos balas de plomo á la cabeza.

— Con la mayor satisfacción, respondió el inglés, levantando el vaso y apurándolo hasta la última gota.

— Vamos, señores, vamos, dijo entonces uno de los comensales, basta de esto, que hay señoras delante.

— ¡ Toma ! dijo el comisionista: ¡ tenemos otro compatriota !

— Os equivocais, señor mio, no tengo ese honor, soy polaco.

¡ Bueno ! el ser polonés,
Lo mismo es que ser francés.

— ¿ Quién quiere tortilla ? Y el comisionista viajero se puso á dividir la tortilla en veinte y ocho partes, con el mismo desembarazo que si nada hubiese pasado.

Hay una cosa muy notable; todos los pueblos tienen desafío; pero en ninguno se propone y acepta tan ligeramente como en Francia, ni se sale al campo con más indolencia. Coger la espada ó la pistola es un asunto serio para todos; pero para un parisiense es motivo de broma. Veís dos hombres que se pasean por el bosque de Vincennes, á cincuenta pasos uno de otro; el uno tararea un aria

de la *Cenerentola*; el otro hace apuntaciones en un librito de memorias. Creéis que el primero es algun amante que espera alguna cita, y el segundo un poeta que busca consonantes; pues no: aquellos dos señores aguardan á que decidan sus amigos si se han de dar de estocadas, ó si se levantarán la tapa de los sesos. En cuanto al modo, no les concierne á ellos; este es negocio de los testigos. En esto no hay acaso un gran valor; pero á lo menos hay un gran desprecio de la vida.

Es que tambien hace cincuenta años que todos hemos visto la muerte tan de cerca y con tal frecuencia, que nos hemos acostumbrado á ella: nuestros abuelos la han desafiado sobre los cadalsos, nuestros padres en los campos de batalla, y nosotros en las calles: puede decirse que las tres generaciones han ido delante de la muerte cantando. Esto depende de que hace un siglo hemos tocado el fondo de todas las cuestiones sociales y religiosas. Nosotros nos hemos hecho tan escépticos en la política, que ya no hay medio de creer en la conciencia; somos tan sabios en anatomía que no hay medio de esperar en el alma. De aquí resulta que no teniendo la vida creencia, ni la muerte terror, lejos de ser un castigo la muerte, se convierte á veces en una libertad.

Pero no nos hallábamos aquí en este caso, y nos hemos dejado arrastrar de generalidades fuera de toda situación individual. Mr. Alcides Jollivet, este es el nombre de nuestro comisionista viajero, tal vez no habia examinado jamás la vida por este desengañado aspecto. Lejos de eso, parecia que la Providencia le habia concedido una existencia de algodón y seda, y cual si temiera verla terminar de

una manera imprevista, queria aprovechar los instantes que le quedaban, y su alegría y jovialidad se habian aumentado de una manera sensible despues de la disputa. En cuanto al inglés, al contrario, se habia puesto mas sombrío, y su mal humor se mostraba especialmente contra el plato de huevos revueltos que tenia delante, que casi completamente habia devorado. Además, cuando nos sirvieron los postres, que majestuosamente se componian de ocho platos de nueces y tres de queso, se convenció de que ya no habia que aguardar otra cosa mas, se levantó de la mesa y desapareció.

Diez minutos despues entró el posadero á decirnos que no habia camas mas que para las señoras; pero el inglés traidoramente se habia escurrido en la primera cama que halló, de manera que fué forzoso que dós señoras durmiesen juntas. Jollivet propuso que echásemos un cántaro de agua fria en la cama del inglés; pero la mujer del alemán y su hija le detuvieron, diciéndole que ellas tenian la costumbre de dormir en una misma cama.

Así que las señoras se hubieron retirado vino á mí el comisionista viajero diciéndome :

— Cuento con vos, porque ya debeis calcular que esto no es cosa concluida.

— ¡Bah! respondí yo, es preciso esperar que esto no tendrá consecuencia.

— ¡Qué consecuencias! aunque no fuese mas que por amor propio nacional. ¡Oh! no sabeis cuánto detesto yo á los *goddem*. Ellos han hecho morir á nuestro emperador. Así jamás he querido yo viajar por Inglaterra por cuenta de casa alguna.

— ¡Y está, porqué?

— Porque hay demasiados ingleses

Era excusa á la que no habia nada que replicar.

— Fuesen polacos, en hora buena, continuó: esta es una nacion de valientes. ¿ En dónde estará el nuestro?

— Acaba de salir.

— No tienen mas que una falta, que ya puede decirse ahora que no nos oye, y es que todos tienen unos nombres que necesita uno romperse la cabeza para pronunciarlos, de modo que uno se halla embarazadísimo cuando habla con ellos.

— Estar errado vos, contestó el alemán que nos escuchaba, no haber cosa mas fácil en el mundo: dáis un estornudo, y añadís luego *ki*, y nada mas.

En aquel momento entró el polaco, que habia ido á buscar su capa.

— Señor, le dijo Jollivet, ¿ seria una indiscrecion en mí el rogaros que seais mi padrino en caso de tener un desafio?

— Perdonad, amigo mio, contestó con altivez, pero no suelo mezclarme en cuestiones de taberna. Y se fué á tender su capa en el suelo y acostóse encima.

— ¡ Vaya! que es político el hijo del Vístula, dijo Jollivet; ¡ y yo que habia hecho ya quince leguas para volar al sororro de la Polonia cuando supe que ya habian tomado á Varsovia! Me servirá de leccion.

— Yo estar de buena gana de testigo vuestro, dijo el alemán; milord hacer mal porque por él me he quedado sin pajarito.

— ¡ Bravo, cabeza de hierro! exclamó Jollivet: ¿ quereis que pasemos la noche bebiendo ponche? Yo lo hago un poco cargado.

— ¡ Ben! ¡ ben! esto me gusta, respondió el alemán.

— ¿Y vos? me dijo Jollivet.

— ¡Gracias! mas me estimo el dormir, respondí.

— Libertad, libertad, yo me voy á la cocina.

— Pues yo me acuesto.

— Buenas noches.

Extendí mi capa en el suelo, despues me eché sobre ella; por mucho que necesitase dormir no lo hice tan pronto que no viese volver al comisionista con una cacerola llena de ponche cuyas azuladas llamas iluminaban su alegre rostro.

A la mañana siguiente nos despertó la trompa de los Alpes; levantámonos, y como no teníamos que hacer tocador, en seguida estuvimos listos para irnos al Righi-Culm, un cuarto de hora antes de amanecer.

Quando llegamos á la cima mas elevada, todos los Alpes se hallaban aun sumidos en la noche, pero aquella noche de una maravillosa pureza nos ofrecia una espléndida salida del sol. En efecto, despues de algunos minutos dejó verse hácia Oriente una línea purpurina, y al mismo tiempo se comenzó á descubrir al Mediodía la gran cordillera de los Alpes como un recorte de plata sobre un cielo azul y estrellado, mientras á Norte y Poniente se perdía la vista en la niebla que se alzaba de las praderas de la Suiza. Sin embargo, aunque el sol no apareció todavía, las tinieblas se disipaban poco á poco, la línea purpurina del Oriente se encendía mas y mas, las nieves de la gran cadena de los Alpes resplandecían, y la niebla, evaporándose por todas partes donde no habia agua, se estacionaba sobre los lagos y acompañaba el tortuoso curso del Reuss, que se retuerce por las praderas como una inmensa serpiente.

En fin, despues de diez minutos de crepúsculo, durante los cuales luchó la noche con el dia, el Oriente pareció arrastrar olas de oro, los grandes Alpes se cubrieron de un tinte anaranjado, y mientras que á sus piés una segunda cadena mas baja, que los rayos del sol no habian podido alcanzar, destacaba sobre la primera su perfil de un azul oscuro, la niebla se rasgó en anchos copos, que arrastró el viento Norte dejando ver los lagos como inmensos cauces de leche. Entonces fué solamente cuando salió el sol de detrás de la nevera del Glarner, bastante pálido al principio para que se pudiese fijar en él la vista, pero casi en seguida, y como un rey que reconquista su imperio, volvió á tomar su manto de llamas y lo sacudió sobre el mundo, que se animó con su vida, se iluminó con su resplandor.

Hay descripciones que la pluma no puede transmitir, hay cuadros que el pincel no puede hacer, es preciso apelar á los que lo han visto y contentarse con decir que no hay espectáculo mas magnifico en el mundo como la salida del sol sobre aquel panorama en cuyo centro se encuentra uno, no siendo necesario mas que dar una vuelta sobre el talon para abarcar de una ojeada tres cadenas de montañas, entorce lagos, diez y siete ciudades, cuarenta pueblos, y setenta neveras sembradas sobre siete leguas de circunferencia.

— Me es igual, me dijo dándome Jollivet un golpe en la espalda: hubiera sido un diablo el ser muerto, y sobre todo por un inglés, antes de haber visto lo que acabamos de ver.

Sobre las siete nos pusimos en camino para volver á Lucerna.